

## - EL ESCAPE DE LA BANDA -

A decir verdad, mi papá y yo sí compartimos algunos momentos filiales en contraste con los largos ratos en que conspiraba como venderme a los gitanos, y quizás la más memorable escena tuvo lugar dentro de la carpa de un circo, estacionado con feria mecánica en la periferia del parque Ciriaco Vasquez.

Ese día, los niños de la cuadra y yo miramos boquiabiertos el letrero de la taquilla.

"¡Escalofriante inauguración este sábado: Frankenstein, Drácula y el hombre lobo juntos por primera vez! ¡No apto para miedosos! ¡Boletos en taquilla!".

Reacios a creer que este trío se presentara fuera de una temporada de carnaval, nos acercamos al *manager* y Sadoc le inquirió a quemarropa:

-¿Es el verdadero Frankenstein que viene acá?

-Sí- dijo el administrador -...¡Como vienen el auténtico Drácula y el mismo hombre lobo en persona! ¡No apto para miedosos, niños!

-¿Y el Drácula va a chuparle la sangre a alguien del público?

-Tal vez se conforme con un pequeño refrigerio...- dijo el hombre esbozándome una sonrisa pederasta en lo particular. -...digamos un "Vuelve a la vida" de hemoglobina y antes de su viaje de vuelta a Transilvania, je, je.

-¿Con galletas saladas o légamo?- pregunto yo.

Una hora después, yo hablaba del asunto con mi papá.

-¡Por favor, llévame a ver a Drácula este sábado!

-¿Drácula? ¿Y para qué habría de venir Drácula a Veracruz?- el dijo -...¡A menos que lo hubiera contratado Don Pepe para jugar con los Tiburones rojos! ¡Aunque pensándolo bien, el director técnico es un sangrón!...¿no?

-Te digo que es cierto que va a estar aquí...junto con Frankenstein.

-Nadie en su sano juicio puede creer que vengan personajes así a visitarnos.

-¿Y cuando Jesús vino como aseguraban los profetas?

-Pero no a Veracruz...además, lo más aproximado a Frankenstein en Veracruz es tu tío Carlos.

No obstante, lo persuadí para llevarme a la terrorífica función por el precio de mejores calificaciones.

-¡Más le vale a este Frankenstein que amerite los dos pesos del boleto!- rezongaba desde su lugar en la larga fila. Aunque de hecho, estaba pagando cuatro pesos si pensaba incluirme en la ronda de los címbalos.

-¡Espero que no se trate de unas piñatas, si no voy a ser yo quién te muela a palos!

-¡Son cuatro pesos, papá!

Minutos después, ya estábamos sentados sobre la cuarta fila, la perspectiva del príncipe, y las luces bajaban su intensidad, en tanto un órgano chillaba tras las cortinas membrillo. El auditorio guardó silencio, a excepción de una pareja mero adelante, que no resistieron más la risa nerviosa y se dieron la parada. Sin embargo, yo era quién estaba más aterrado que nadie, pues tenía sendos horrores a elegir: Si Frankenstein no terminaba mutilándome como primer saludo, mi papá era la alternativa...especialmente con el tercer pie de Tiresias.

Entonces sucedió: A través de la cortina se asomó lentamente una mano verde que solo podía pertenecer a Frankenstein o al profesor Consuegra. Unas jovencitas gritaron a más no poder, aunque nadie cerca cayó desmayado. Entonces, con violento tirón, las cortinas se apartaron para mostrar de una pieza al monstruo: con los zapatos ortopédicos y su traje con apariencia de lavado y encogido y sumamente planchado, los vistosos tornillos

a los lados del cuello y su cicatriz tipo condecoración del ISSSTE. Sus brazos estaban estirados al frente, como si estuviera en el deseo de bajar del estrado y estrangular a algunos de sus admiradores. En este punto, la gente localizada en la primera fila, pensó que era el momento de retirarse...y previniendo alguna congestión sobre los pasillos, ya optaban por brincar encima de sus sillas en pos de la salida. Unos pocos, consideraron la sensibilidad de la actuación y respetuosamente permanecieron en sus asientos desmayados.

La respuesta hacia Frankenstein era privilegiada, cuándo otro reflector apuntó a la esquina izquierda y, de un salto, apareció un desgraciado...urgente de que alguien le pasase encima una aspiradora.

¡El hombre lobo!

Entre las opiniones encontradas del público, ahora se presentaba la disyuntiva entre cagarse u orinarse, pero los gritos continuaron. Entonces, como si ya no hubiera suficiente diversión, otro tirón de cortinas revela a Drácula perfectamente dispuesto a brindarse unas gárgaras de RH positivo.

-¡Jesu'!- exclamó papá, como si deseando haber traído un crucifijo en lugar de mi persona.

Yo, a pesar de que alcanzaba a oír el *pandemonium*, no veía más porque mi cara se había sumergido en la guayabera de mi papá.

-¡No estás mirando nada!- advirtió.

-No, no es eso...!- digo, procurándome un escudo con su antebrazo. -...¡nomás busco oler tu desodorante. Estos monstruos se comen a los niños!.

-¡No seas tarado, sí sigues mojando la cama es por *manganzón*!...además, ¿para qué me trajiste entonces si vas a andar asustado?

-¿Y tú no?...si hasta te oí decir "¡Jesu'!"...

-¿Y eso qué?...¡También digo chingaos!

-¡El mal ejemplo tiene mucho seguidores y ya no me quiero quedar aquí!

-¡Mira, esta fué tu idea...así que mejor siéntate y mira, que no pague cuatro pesos para esta profusión léxica!

Durante esta discusión bizantina, la gente continuaba aglomerándose en la salida. No ha de faltar quién ponga en duda una que otra bocanada de auxilio sobre los cuerpos apretujándose, pero estoy hablando de los tiempos de maravillosa inocencia en el puerto, cuándo existían los viajes en tranvía y las farmacias con chochitos.

Lo peor que estos monstruos pudieron haber hecho fue elegir al espectador menos aprehensivo dentro de la carpa: mi papá. En cuestión de segundos, Frankenstein fue noqueado con un puñetazo certero, el hombre lobo puesto en órbita con una patada en el culo y Drácula desapareció tras las cortinas por aquello de estaca, estaca...brona la situación.

La conclusión de esta anécdota es dejar asentado que cuanto creíamos en la educación a base de nalgadas resulta obsoleto ante los ensayos modernos de pedagogía, excepto por María Montessori hasta qué llegaron a mí estas noticias del niño-araña, qué fue convertido en fenómeno por haber desobedecido a sus padres.